Enchiridion de la Santa Muerte

También Llamado Enchiridion Nigromantico, Que Trata de las Virtudes Ocultas de las Cosas Mortificadas según la Filosofía Natural. Dividido en dos Libros.

Physica, Metaphysica & Hyperphysica

Vol. ☥

© Editorial Iris de Acoa

Libro Primero

Cap. I

Sobre cuales son los poderes de los ángeles.

Es opinión de los teólogos y filósofos que entre Dios y el hombre está el cielo, y que Dios se comunica con el corazón de los hombres iluminándolos con la virtud de las estrellas que ha colocado en el firmamento. El cuerpo de la creación está siempre receptivo a los llamados de los seres superiores, y es por esto que no es preciso rechazar toda la materia, sino sólo la hostil a las virtudes que queremos alcanzar. Pero existen otras virtudes en las cosas, que no pertenecen a Elemento alguno, y esas virtudes son la consecuencia de la forma de la cosa, y estas virtudes, al ser muy formales, pueden producir grandes efectos con la menor materia. Es así por ejemplo, que podemos fabricar una vela sin que la idea de la vela se agote, pero no podemos usar una vela sin que esta se termine consumiendo. Es por ello que siguiendo la opinión de nuestros ancestros, se atribuyen estas virtudes a las ideas que forman las cosas. Pues Dios, que es el fin y origen de todas las cosas, da el sello de sus ideas a sus ministros, las inteligencias, que las ejecutan fielmente, comunican por una virtud de la idea las cosas que les han sido confiadas a los cielos y las estrellas, las cuales como instrumentos disponen por adelantado, o

esperan recibir las formas que residen en la majestad divina por la deducción de los astros y lo que da las formas las distribuye por el ministerio de las inteligencias, que ha establecido para conducir y custodiar sus obras, y a las que ha dado este poder en las cosas que les confía, a fin de que todas las virtudes de los cristales, las hierbas o metales, y todas las demás cosas sean conferidas por las inteligencias que presiden. Esta es la razón por la cual el plano del mundo en donde estos seres presiden sea llamado *"astral"*, pues es allá en los astros de donde provienen sus inagotables fuerzas, las cuales subsisten por el motor eterno del mundo que es la eternidad. Pero a diferencia de Dios mismo que es el alfa y el omega, es decir, que nunca comenzó ni nunca acabará, los ministros del señor tuvieron un inicio junto a la creación, pero no tienen fin por las razones ya expuestas.

Cap. II

Sobre por que las virtudes del cielo persisten mas allá del tiempo, y esto es gracias al Aevum.

El tiempo es aquél movimiento precedido de la eternidad, cuando el mundo comenzó, y es mantenido en su eternidad hasta que el mundo acabe. Hay un tiempo para cada propósito debajo del cielo, un tiempo de placer, y otro de dolor y miseria, un tiempo para levantarse; un tiempo para caer; un tiempo para nacer, y un tiempo para morir. Los que temen al Señor, esperen sus bienes, la alegría eterna y el amor.

Es entonces que tenemos dos planos; uno de la eternidad, sin comienzo ni fin, y uno de tiempo, con comienzo y fin. Tenemos un lugar en donde todo cambia, y un lugar en el que nada cambia. Pero los ministros de Dios tienen una participación en la eternidad en

tanto no se agotan nunca, esto es, que no tienen fin, pero a su vez, adecúan su virtud de acuerdo a la materia sobre la que posan sus alas, es decir, actúan sobre lo que cambia sin verse nunca afectados por el cambio sobre ellos mismos. Esto mismo puede observarse en los astros, en donde los vemos moverse pero siempre reiteran el mismo movimiento sin que estos nunca se vean cansados de morar en el cielo. Nunca parecen abandonar el mandato para el cual Dios los puso allí, pues Dios les dijo: *"sirvan de señales para distinguir las estaciones y los años"*, y gracias a este mandato es que tanto sabios como pastores conocieron el nacimiento del salvador. A esta participación que tienen entre el tiempo y la eternidad San Alberto lo llama *Aevum*, y es por el aevum que lo más perfecto puede mediar con lo menos perfecto. Los ángeles tienen su espalda hacia Dios y su mirada hacia nosotros, y es por su mirada que podemos tener iluminados nuestros corazones hacia Dios.

Cap. III

Sobre las cosas que pueden alcanzar a Dios aunque vengan del tiempo mismo, y esta participación se llama Virtualidad.

Así como hay cosas que descienden de lo alto hacia lo bajo por el ministerio de las inteligencias, también hay en el mundo inferior ciertas disposiciones por las cuales lo que es temporal puede elevarse y hacerse digno de ser recibido por los cielos. Pues no toda cosa que se mueve en el tiempo es vana ni carece de virtud, sino que algunas, por su forma o por la intención que las acompaña, adquieren una cierta firmeza que las hace perseverar más allá del instante en que fueron producidas. Y esto lejos de suceder por la materia misma,

que es mudable y sujeta a corrupción, ocurre por aquello que en ella se imprime y que participa de un orden más alto.

Hay propiedades que subsisten después de la muerte, de las que los platónicos dicen, que las cosas en las cuales hay menos idea que materia, después de muertas, lo que hay de inmortal no cesa de realizar cosas admirables en ellas. Así por ejemplo, las hierbas y plantas, después de arrancadas y secadas, subsiste su vigor y virtud. Así vemos además, que una palabra puede ser dicha en un momento y, sin embargo, permanecer en la memoria de los hombres por largos años; o que un juramento, hecho con la boca, obliga al alma incluso cuando las circunstancias que lo rodeaban han cambiado. No es, pues, la voz ni el aliento lo que asciende, se trataría de la forma de aquello que se dijo, la cual, una vez establecida, no se disuelve con la misma facilidad con la que fue pronunciada. De este modo, ciertas acciones del hombre, por arte o naturaleza, aunque nacidas en el tiempo, se liberan de este, y se desplazan a un orden o algo que las supera. Pero también advertimos, que muchas cosas se disipan tan pronto como surgen, pues carecen de la forma suficiente para sostenerse, y así vuelven a la confusión de donde procedieron. Otras, en cambio, permanecen como cargas no resueltas, ni plenamente realizadas ni completamente disueltas, y estas no ascienden ni descienden con facilidad, sino que quedan como retenidas en un cierto estado intermedio. Y es en estas cosas donde se manifiesta con mayor claridad, (que al igual que el *aevum*) es necesario admitir un orden que no sea ni puramente temporal ni absolutamente eterno. Por tanto, es necesario entender que lo que puede alcanzar a Dios desde el tiempo no puede ser el movimiento mismo, sino más bien aquello que en el movimiento va adquiriendo forma. Este otro modo de participación que, teniendo algún pie en lo eterno por la forma

que recibe, se halla sin embargo más inclinado hacia el tiempo por la materia sobre la que obra; y a este modo podemos llamarlo *virtual*, porque es una posibilidad que posee de manera insinuada una forma pero no plenamente fijada. Pues aquello que en el alma se presenta como pasión o potencia, siendo al principio movimiento espontáneo y sujeto a la variación de las cosas temporales, puede, por el ejercicio de la voluntad, adquirir cierta disposición habitual, de suerte que lo que era fluctuante comience a ordenarse según una forma. Y como las virtudes se distribuyen en el alma según que ésta sea considerada ya como forma del cuerpo, ya como substancia inmaterial, acontece que en este estado *virtual*, la voluntad, sin alcanzar todavía la perfecta estabilidad del intelecto, no permanece del todo en la dispersión de lo sensible, sino que entra en cierta consonancia con él. Por lo cual, este modo no posee la firmeza del *aevum*, que no se altera, ni tampoco la pura mutabilidad del tiempo, que no se detiene, sino que es en parte temporal, en parte eterno, pero en la *virtualidad*, predominando lo temporal. De manera contraria, el *aevum* es en parte eterno, en parte temporal, pero predominando lo eterno. Quede así dispuesta la proporción de participación entre lo eterno y lo temporal.

Cap. IV

Donde se explica como es que la naturaleza tiene un modo de tiempo llamado temperamento, en el cual se regulan las virtudes por el arte.

Tenemos dispuesto entonces una medida del tiempo, la cual es indicada por el plano astral, pero también un tiempo debajo de los astros, es decir, debajo de la luna, que es el astro más próximo a nuestro planeta, el cual es llamado *temperamento*. El temperamento es lo que

obliga a las cosas perecer, pues es este modo de tiempo el que pudre las cosas, hace caer las hojas, y hace que lo que aparentaba por fin adquiría virtud, por su debilidad, entonces caiga como relámpago sobre la tierra. La fuerza infinita que hace que el temperamento a veces impida a las cosas adquirir forma se llama naturaleza. Pues la naturaleza engendra, hace crecer y alimenta todas las cosas. Por lo cual contiene en sí los nombres de todas las cosas. El animal procede de la naturaleza; la piedra, la madera, el árbol y los cuerpos que se ven proceden de la naturaleza y de su fuerza de cohesión. La naturaleza, al igual que la muerte, no es de ningún color, pero participa de todos los colores y los produce; tampoco tiene peso ni cualidad propia. La naturaleza es volátil y está en continuo movimiento de generación, crecimiento y transformación; la cual finalmente, en el término último del mundo, será estable y fija. Porque entonces Dios quitará de las cosas esa fuerza y poder de generar y la colocará en el más recóndito tesoro de su omnipotencia, donde estaba desde la eternidad.

Y no sólo por la disposición natural puede el hombre participar de el modo virtual, sino también por el arte, el cual, imitando en cierta medida la operación de la naturaleza, dispone las potencias y las conduce hacia una forma más determinada. Pues si la naturaleza es, como dicen los filósofos, un cierto fuego invisible del cual todo ha sido generado, y si su virtud consiste en el continuo movimiento de generación, crecimiento y transformación, no es ajeno a la razón que el hombre, participando de la luz divina, pueda ordenar este movimiento mediante el ejercicio deliberado. Así, lo que en un principio es pasión inconstante o potencia dispersa, puede, por la repetición guiada y la intención recta, adquirir hábito y cierta firmeza, de manera que supere la confusión de la proviene y se conserve según una

forma. Y aunque este orden no alcance la estabilidad perfecta de lo que subsiste por el *aevum*, tampoco queda reducido a la pura mutabilidad del tiempo, sino que participa de ambos, como quien recoge de diversas cosas lo que en ellas hay de más conveniente, a la manera de las abejas que extraen de muchas flores una sola miel. Por lo cual, el arte no crea la virtud desde la nada, sino que la descubre, la separa de la confusión y la dispone, para que aquello que estaba oculto en potencia llegue a manifestarse según su medida, sin que por ello se agote del todo su principio. Tú, igualmente cándido lector, si quieres percibir la verdad en todo su fulgor y avanzar por el camino recto, deja a un lado las bulliciosas alegrías, aleja de tu corazón el miedo, desecha la esperanza vana y ahuyenta todo sufrimiento. Bajo el dominio de esas pasiones, pesada niebla se cierne sobre el espíritu, que se siente como atado con fuertes cadenas.

Cap. V

Aquí se expone el porque la Santa Muerte es un ángel que participa con Dios en tanto tiene su identidad en la Virtualidad.

Después de haber mostrado cómo ciertas cosas, aun nacidas en el tiempo, pueden adquirir forma y perseverar por la virtud de la intención o del arte, y cómo otras quedan retenidas en un estado intermedio por no haber alcanzado su consumación, conviene ahora tratar de aquel ministro que preside sobre estos límites y disposiciones. Pues así como hay inteligencias que conducen las formas desde lo alto y las distribuyen en el orden de la creación, también hay otras que, sin producir nuevas formas ni estabilizar las ya logradas, ejercen su poder sobre aquello que no ha llegado a término. Y entre estas,

la *Santa Muerte* ocupa un lugar singular, pues aunque es ángel por su obediencia y por su participación en el *aevum*, no obra como los demás, que median y disponen las cosas hacia su perfección, y este prefiere aternder a lo que no ha alcanzado dicha perfección. Es por ello que remitimos al relato que nos fue dado por revelación, el cual dice:

> *Dios envió a un ángel de los Portadores del Trono para recoger algo de polvo de la tierra. Cuando el ángel bajó para tomarlo, la Tierra dijo: "Te ruego, por Aquel que te envió, que no te lleves nada de mí hoy, pues una parte de ello estará destinada al Fuego mañana". Entonces el ángel lo dejó, y cuando ascendió ante su Señor, Él le preguntó: "¿Qué te impidió traer lo que te ordené?". Él respondió: "La Tierra buscó Tu protección y me preocupó traer de vuelta algo que había sido protegido por Ti". Así, Él envió a otro ángel hacia la Tierra, y esta dijo lo mismo hasta que Dios los hubo enviado a todos; finalmente, envió al Ángel de la Muerte y la Tierra le dijo lo mismo; pero el Ángel de la Muerte respondió: "Aquel que me envió es más digno de obediencia que tú". De este modo, tomó barro de la faz de toda la Tierra, de lo bueno y de lo malo, y lo llevó ante su Señor; Dios vertió agua del Jardín sobre ello, se convirtió en barro moldeado y creó a Adán a partir de él.*

Queda ilustrado como es que este ángel no recibe su nombre por la corrupción de las cosas, ni por la aniquilación de la materia, que pertenece al orden del tiempo y del temperamento, sino por la relación estrecha y desinteresada con aquello que, habiendo sido movido hacia la forma, no ha logrado establecerse en ella. Y como ya se ha dicho que la *virtualidad* es aquel modo de participación en el cual

la potencia ha comenzado a ordenarse sin alcanzar su consumación, se sigue que aquello que permanece en este estado no puede por sí mismo ascender ni resolverse. De ahí que sea necesario un ministro que custodie estas disposiciones para fijarlas según su medida, impidiendo que se dispersen indefinidamente o que pretendan una forma que no les corresponde.

Así, la *Santa Muerte* participa en parte del *aevum*, en parte de la *virtualidad*, pero en este ángel, predominando la *virtualidad*, en cuanto no se ve afectada por el cambio de las cosas sobre las que obra, ni se cansa en el ejercicio de su oficio, obedeciendo siempre el mandato divino sin desviación alguna. Pero su operación no recae sobre lo que ya ha sido plenamente ordenado, ni sobre lo que se mueve con rectitud hacia su fin, sino sobre aquello que ha quedado suspendido entre el ser y el no-ser, entre la forma y la privación de ella. Y en este sentido, tiene su identidad en la *virtualidad*, no como quien produce posibilidades, sino como quien retiene aquello que no ha llegado a actualizarse.

Por lo cual, no debe entenderse que este ángel conceda lo que se le pide al modo de otros ministros, ni que abra caminos o disponga nuevas formas, sino que actúa poniendo límite a aquello que, sin su intervención, permanecería en una continua fluctuación. Pues así como el arte recoge y dispone las potencias para conducirlas hacia una forma, también es necesario que haya una operación que detenga aquello que no ha sido ordenado, para que no se multiplique sin medida ni perturbe el orden de las cosas. Y esta operación se encuentra entre el tiempo y la eternidad, pero no es del *aevum*, y nos vemos en la necesidad de afirmar cierto dominio intermedio, en el cual lo *virtual* es inclinado más al tiempo. De este modo, se entiende que la *Santa Muerte* no es contraria al orden divino como muchos

afirman, es claro que esta *Santa* coopera con él, pues al impedir la dispersión de lo no resuelto, contribuye a la claridad de las formas y a la distinción de las cosas. Y aunque su acción parezca privativa, no lo es en cuanto al fin, sino en cuanto al modo, pues no añade ser, sino que toma disposición de aquello que carece de ser. Y así como los demás ángeles tienen su mirada puesta en nosotros para conducirnos hacia lo alto, este la tiene sobre aquello que no ha logrado elevarse o también entendido como interrumpido, logrando que no permanezca sin término ni medida, y este sea recogido según el orden que le corresponde en el conjunto de la creación.

Cap. VI

Sobre porque el arte de la Santa Muerte es la Nigromantia, como nos ilumina hacia lo divino y como este ángel custodia el séptimo arte liberal.

Así como las demás inteligencias comunican las formas puras que descienden de la majestad divina por el ministerio de los astros, y siendo que la naturaleza engendra y transforma en el temperamento de las cosas inferiores, la *Santa Muerte* no engendra ni perfecciona nuevas formas, sino que custodia y fija lo que, habiendo sido movido hacia la forma, permanece suspendido entre el ser y la privación de ser. Por esto, su operación se extiende especialmente sobre las propiedades que subsisten después de la muerte corporal, aquellas de las cuales los platónicos dijeron que lo inmortal en las cosas no cesa de obrar maravillas. Y este conocimiento y manejo ordenado de tales virtudes postmortem, según el orden divino y no según la curiosidad vana ni la invocación ilícita, es propiamente lo que nuestros

antepasados llamaron Nigromantia, no por comercio con demonios ni por corrupción, sino por la ciencia de las cosas negras o nocturnas, es decir, de aquello que pertenece al dominio de la muerte y al temperamento de la noche. Pues *nigro* viene del latín "negro", y *mantia* significa arte o adivinación; mas aquí no se entiende por negro la maldad, sino la oscuridad de lo que aún no ha alcanzado plena luz, ni ha descendido a la completa disolución. La Nigromantia, entendida rectamente, es pues el arte que trata con las virtudes retenidas en la virtualidad, aquellas que ni han subido plenamente a Dios ni han vuelto al caos primordial, y que la *Santa Muerte* custodia con su mirada compasiva y firme. De este modo, quien se acerca a ella con recta intención no invoca a los muertos para torcer la voluntad divina, sino que, por medio del Ángel que los preside, aprende a leer en las propiedades que permanecen después de la corrupción sensible: ya sea en los huesos, en las cenizas, en las plantas, en las reliquias de la memoria y en cualquier forma que sobreviva a la materia. Y así como el arte imita a la naturaleza disponiendo lo que ella ha comenzado, la Nigromantia imita el oficio de la *Santa Muerte* fijando con reverencia y medida aquello que fluctúa en el intermedio. Por la repetición devota, por la intención pura y por la ofrenda recta, el practicante adquiere hábito de conversar con este ángel, y mediante él, con las virtudes que él retiene. De esta conversación ordenada nace una luz especial: porque al contemplar con serenidad lo que la muerte conserva, el alma se desapega de las vanidades temporales y reconoce la brevedad y fragilidad de cuanto

no ha sido ordenado hacia su fin divino. Esta contemplación produce en el corazón una disposición habitual de humildad y temor santo, que es ya principio de sabiduría.

La verdadera Nigromanciaes una ciencia, pero aquí será entendida predominantemente como arte, y como se expone en el *Picatrix*, es la ciencia de las cosas escondidas a los sentidos y de las operaciones que proceden "de espíritu a espíritu". San Alberto Magno, en su profunda sabiduría, reconoció que existe una parte de la nigromancia que opera mediante la acción de alma a alma, donde el alma de una persona, despojada de pasiones vanas y guiada por una voluntad firme, puede alterar la materia y obrar cosas admirables. A este poder del espiritu para ordenar y afectar lo que fluctúa, los antiguos lo llamaron fascinación o ligadura (*ligatio*), la cual se sirve de las propiedades ocultas de la naturaleza que los astros infunden en el mundo inferior para impedir o dirigir las funciones de las cosas.

Por esta excelsa dignidad, no es de extrañar que los eruditos hayan debatido el lugar de este arte entre las disciplinas más nobles del saber humano. El sabio Pedro Alfonso, al discurrir sobre la clasificación de las ciencias en su célebre *Disciplina clericalis*, dejó constancia de que, mientras algunos maestros cerraban el ciclo del trivium y quadrivium con la filosofía o la gramática, otros, conocedores de los secretos de la predicción y de las fuerzas sutiles, elevaban a la nigromancia al rango de la séptima arte liberal. Asimismo, las leyes del sabio rey Alfonso X reconocen que el estudio de los influjos celestes y las fuerzas invisibles, cuando se fundamenta verdaderamente

en el curso natural de los astros y las cosas, pertenece a las artes liberales, siendo su uso lícito y digno para los maestros y "sabidores", mas severamente prohibido para los truhanes e ignorantes. Así, la comunión con el ángel de la muerte no es un vicio de rústicos, sino que exige un intelecto cultivado en las artes, capaz de leer las proporciones de la creación. No es arte servil ni mecánica, sino liberal, porque libera el entendimiento de la ignorancia acerca de los límites entre el tiempo y la eternidad, y dispone el alma a contemplar las obras divinas con mayor claridad. De esta manera, se une dignamente al quadrivium de las ciencias superiores como complemento necesario para quien desea conocer integralmente la creación en sus tres grandes dominios: lo que desciende de lo alto, lo que se genera en el temperamento y lo que permanece en la virtualidad bajo la custodia de la *Santa Muerte*. Mas para comprender verdaderamente cómo este arte de la *Santa Muerte* opera sin ofender al Creador, debemos acudir a pensadores como el archidiácono Domingo Gundisalvo, quien, al clasificar los saberes de su tiempo, ubicó a este conocimiento dentro de la ciencia de la naturaleza, acuñando el preciso término de "nigromancia según la física" *(necromantia secundum physicam)*, junto a la ciencia de las imágenes. Esta Nigromantia es propiamente según la física o filosofía natural, porque no procede por invocaciones demoníacas ni por violencia contra el orden creado, sino por el estudio y aplicación ordenada de las propiedades y virtudes que Dios mismo ha impreso en las cosas. Así como la medicina considera las virtudes de las hierbas y la astronomía

las influencias de los astros, y es bajo este nombre que entendemos que se considera las virtudes que subsisten después de la separación del alma y el cuerpo, virtudes que pertenecen al orden natural instituido por el Creador. Lejos de contradecir a la Física, estamos convencidos de que la completa y la perfecciona, pues la física verdadera no se detiene en la superficie de las apariencias corruptibles, sino que penetra hasta las causas segundas y las propiedades ocultas que permanecen por virtud del *aevum* y la *virtualidad.*

Concluimos que la Nigromantia verdadera, lejos de oscurecer el entendimiento, lo ilumina hacia lo divino de esta manera: primero, mostrando la vanidad de lo que parece permanente en el tiempo; segundo, revelando la permanencia de ciertas formas y virtudes más allá de la corrupción visible; y tercero, conduciendo el alma, por medio de la *Santa Muerte*, a confiar enteramente en Aquel que es Señor tanto de los vivos como de los muertos. Pues quien ha mirado sin temor el rostro de este Ángel y ha recibido de su mano la comprensión de las cosas intermedias, ya no teme el paso final, sino que lo espera como quien sabe que el mismo ministro que custodia lo virtual lo entregará, una vez cumplida su medida, al orden eterno en donde nos espera la salvación dada por Cristo nuestro señor, Amén.

Cap. VII
Algunas reflexiones sobre como enfrentar la Muerte.

No es pequeño consuelo para el alma que desea perfeccionarse en este arte considerar con serena mirada la muerte misma, pues aunque sea el último y más acerbo de los males aparentes en esta vida temporal, no es sino tránsito y consumación de lo virtual bajo el ministerio de la *Santa Muerte*, Ángel que Dios ha constituido para recoger y ordenar aquello que aún no ha alcanzado su plena forma en la eternidad.

Porque, como bien lo consideró el Alquimista: La muerte de todas las cosas naturales no es más que la alteración y destrucción de sus poderes o virtudes, una abolición de su naturaleza actual, y la generación de otra nueva naturaleza. Ha de saberse que hay ciertas cosas que están vivas poseen varias virtudes, pero cuando mueren retienen pocas o ninguna de sus virtudes y se vuelven poco favorables o provechosas. Pero por el contrario, ciertas cosas cuando están vivas son malas, pero cuando están muertas o corruptas, manifiestan una virtud múltiple y son muy provechosas. Y aunque muchos, al perder amigos o al contemplar su propio fin, prorrumpen en llanto desmedido, rasgan sus vestiduras y se entregan a un dolor que casi los enajena, como aquellas mujeres griegas e irlandesas que aullaban junto a las tumbas, esto no procede de fortaleza sino de flaqueza

del entendimiento, que aún no ha comprendido el orden divino. La muerte del hombre es sin duda no más que el fin de su trabajo diario, el arrebato del aire, el decaimiento de su bálsamo natural, la extinción de su luz natural; y la separación de sus tres sustancias i.e el cuerpo, el alma y el espíritu, y el regreso hacia donde vinieron. Ha de saberse que hay dos tipos de muerte, una voluntaria y otra violenta. Una puede volver a levantarse y la otra no. Lo que la naturaleza tomó por razón de su predestinación sólo Dios por mandato puede volver a animarlo. Así que lo que la naturaleza destruye, el hombre no puede restaurarlo. Pero lo que sea que que el hombre destruya, él puede restaurarlo de nuevo. Así que ¿Cual es la diferencia entre morir y mortificar? Que una cosa puede ser restaurada, retenida y transformada de manera provechosa, como cuando un hombre muere por la espada y puede ser embalsamado en una preciosa momia, pero el hombre que muere naturalmente predestinado sólo puede ser dispuesto hacía los gusanos de la tierra.

Así pues ¿qué es la vida sino una continua mortificación y un camino hacia su término? *Homo toties moritur, quoties amittit suos*, dice el sabio: el hombre muere tantas veces como pierde a los suyos. Y sin embargo, muchos preferirían permanecer en este valle de lágrimas antes que partir, como Moctezuma cuando sangrando por la pedrada, ante la mención de la otra vida, respondía que mejor era estar aquí. Mas quien ha conversado rectamente con la *Santa Muerte* aprende a mirar con otros ojos este paso necesario. Porque la muerte, entendida según la física y según la gracia, no es aniquilación sino

liberación. Como dice el Apóstol, *desiderium habens dissolvi et esse cum Christo*. Y el mismo Sócrates, bebiendo la cicuta, despedíase serenamente de los atenienses diciendo: "Mi hora ha llegado de partir; yo voy a la muerte, vosotros a la vida; mas cuál de estas sea mejor, solo Dios lo sabe". Así también nosotros debemos decir: la muerte es sueño perpetuo para el cuerpo, mas para el alma bien dispuesta es despertar a la verdadera vida. Sabios nuestros ancestros al cantar:

Sólo venimos a dormir,
sólo venimos a soñar,
no es cierto, no es cierto, que venimos a vivir sobre la tierra.

Y no sea que el temor desordenado nos domine, pues todos hemos de cruzar el río. Reinos, ciudades, imperios y los más altos monumentos caen y se convierten en polvo; Troya, Babilonia, Tebas y Micenas yacen derruidas, y ¿qué queda de ellas sino el nombre? Del mismo modo, *certa est mors omnibus*, y ninguna fortaleza, riqueza ni juventud la detiene.

Aunque sea jade se quiebra
aunque sea oro se rompe,
aunque sea plumaje de quetzal se desgarra,
no para siempre en la tierra: sólo un poco aquí.

Mas bajo el ministerio de la *Santa Muerte*, esta disolución no es mera corrupción del temperamento, sino mortificación ordenada que separa lo impuro y conserva las virtudes que pertenecen a la virtualidad. Por tanto, quien desea enfrentar la muerte con varonil

constancia, ejercítese en este arte no para huir de ella, sino para familiarizarse con su rostro. Contemple las reliquias, dialogue con el Ángel que las custodia, mortifique sus pasiones desordenadas y disponga su alma a la partida como quien prepara un talismán para la eternidad. Porque la verdadera sabiduría no está en negar la muerte, sino en ordenarla según su medida, para que cuando llegue no nos encuentre temblando, y en su lugar recoja con su guadaña un corazón sereno y con mirada fija en Aquel que es Señor de vivos y muertos. Y si el dolor por la partida de un ser querido te oprime, recuerda que no lloras por él, sino por ti mismo. Él, si partió en gracia, ya está libre de las miserias de este valle; tú aún peregrinas. No prolongues, pues, el luto más de lo justo, pues como dicen los antiguos: un día o dos para el llanto, y después consuélate en Dios. La *Santa Muerte*, que custodia lo virtual, también custodia la esperanza de que aquello que parece perdido en el tiempo no se pierde en la eternidad.

De esta manera, enfrentando la muerte con recta razón y devoción a este Ángel, el hombre se libera del mayor de los temores vanos y se dispone a la bienaventuranza que nos espera más allá del velo, donde ya no habrá muerte, ni llanto, ni clamor, porque las primeras cosas habrán pasado.

Libro Segundo

Cap. I
Los requerimientos de este Arte.

Es preciso que todo aquel que se aproxime a las conversaciones con la Santa de los Muertos carezca de miedo, pero que sea aún temeroso de Dios, cosa muy distinta a tener terror de Dios. Con temor queremos decir a no saber cuando se pedirá cuentas a nuestra alma, pues estamos a merced de los poderes de la *Santa Muerte* y sus daimones, y negociar con ella es una infantilidad tal, como pretender que el circulo tenga ángulos rectos haciendo un berrinche. Y por otro lado, tener terror de Dios es ser ignorante de su misericordia y creer que no seremos perdonados. Nada es más agradable ni mejor recibido ante Dios que el hombre perfectamente piadoso y religioso; está tan por encima de los demás hombres como los dioses inmortales lo están por encima de él. Y también es muy necesario guardar un silencio absoluto sobre arte nigromantico, guarda en tu corazón todo en lo que este ángel te instruya. Que quien quiera conocer los secretos sepa primero guardar secretamente los secretos; que selle lo que debe ser sellado,

que no dé a los perros lo que es sagrado y que no arroje perlas a los puercos.

Es preciso pues que quienes aspiran a una dignidad alta, piense en dos cosas: la primera, por que medio nos desapegaremos de los afectos de la carne, del sentido mortal, de las pasiones de la materia y del cuerpo, en la medida en que estas nos serán retiradas por la niña blanca; la otra, por cual vía y como nos elevaremos hasta ese intelecto puro y junto a las virtudes de los ángeles, sin las cuales jamás llegaremos felizmente al conocimiento de las cosas secretas y a la virtud de las operaciones milagrosas. Mas para ver estas extrañas formas en las conversaciones, es necesario colocarse en un estado excepcional que tiene algo del sueño y de la muerte, es decir, que es preciso dominarse a sí mismo y llegar a una especie de sonambulismo lúcido y despierto. Nada puede entrar en el cielo que del cielo no proceda. Después de la muerte, el espíritu divino que animaba al hombre retorna solo al cielo, y deja sobre la tierra y en la atmósfera dos cadáveres: uno elemental, y el otro astral; uno se queda en el tiempo destinado a morir lentamente, absorbido por las potencias astrales que le produjeron. Es este segundo cuerpo astral con el que siempre trabajaremos.

Cap. II
De la preparación del Altar

El altar será preferentemente de madera de roble o pino, cuya altura debe ser considera en relación a el mago cuando está hincado a la

altura de su primer costilla. Debe estar en una habitación limpia y ventilada. Rechaza los altares hechos en repisas altas, y en todo caso es mejor un altar en el suelo antes que uno que rebase el ombligo del nigromante. Este altar debe estar orientado hacia el Norte, pues es el dominio del plantea más afín a este ángel, que es Saturno. Será puesta una figura de la *Santa Muerte*, una calavera, una imagen, o incluso una carta del tarot es igual de funcional. Si se desea poner un mantel, que se opte por un color morado, rojo, negro o blanco. Una vela como mínimo debe ser colocada en el altar.

Sobre la insuflación a la imagen.

En un Domingo, con Saturno a medio cielo, de noche, después de tres días de ayuno completo y abstinencia, pronuncia estas palabras frente al altar observando la vela y colocando tus manos sobre la imagen:

Bendícenos Dios padre, que creó todas las cosas desde la nada; bendícenos hijo, que redimió todas las naciones con su sangre; bendícenos Espíritu Santo quien es la santa consolación que nos salva. Dejanos cantar una canción para alabar a Adonai, Dios de dioses. Dejanos cantar a él una nueva canción y alabar tu nombre.

Señor Dios, que estableciste los cielos y la tierra, las aguas y las arenas, el aire y todo lo que habita en ellos, extiende tu mano derecha sobre la obra de este pecador tuyo, y bendícelo. Santifícalo y conságralo. Límpialo y purifícalo, para que tu santo nombre sea allí proclamado con pureza. Y envía tus ángeles a él: Miguel, Gabriel, Uriel, Thobiel, Rafael, Raziel, –quienes serán protección para mí y para mis compañeros.

Te bendiga Dios Padre con todo su poder. Te bendiga Dios Hijo con toda su fuerza. Te bendiga

el Espíritu Santo con toda su gloria. Te bendiga, oh Dios, que creaste el firmamento y a todos los que en él habitan, a través de quien puedas recibir hoy la fuerza y el poder para proteger a los que moran en ti.

Y que haya aliento y fortaleza en el poder del nombre supremo, el Tetragrámaton: YOD-HE-VAV-HE, a quien obedezcan los vientos y los ángeles que gobiernan a los espíritus infernales, terrestres y aéreos, por medio de aquel que es Dios, Alfa y Omega, el principio sin fin, cuyo nombre es maravilloso:

HELY, HEL, SABAOTH

A quien sea dada la alabanza en la tierra como en el cielo, desde ahora y para siempre, quien vive y reina, por los siglos de los siglos santos amén.

A continuación disuelve en agua bendita un pergamino con los siguientes caracteres enfrente de la imagen:

Posteriormente sopla sobre el rostro de la imagen, persignate y deja que el papel quede totalmente disuelto y conserva el agua hasta la siguiente Luna Nueva.

Sobre el cuenco de ofrendas.

Consigue un cuenco en donde colocarás ofrendas y escribe dentro del cuenco este sigilo:

Lo ofrecerás a la imagen de la *Santa Muerte* y dentro del cuenco, pondrás carbones, copal, cacao, lanolina, y junipero. Esto ofrecido un Domingo a la hora de la Luna, sea de noche o sea de día.

Cap. III
Ritual para un juramento.

Uno de las operaciones más comunes se trata de combatir un vicio que se ha hecho hábito en el temperamento del practicante. El vicio no es sino un movimiento desordenado de la voluntad que, repetido, se ha inclinado hacia la privación de la forma debida; más cuando el hombre, reconociendo su flaqueza, se presenta ante la *Santa Muerte*, y pronuncia con el corazón y la boca un juramento de renuncia y enmienda, imprime en su alma una forma que la misma *Santa Muerte* custodia y retiene en el dominio de lo virtual.

Toma en cuenta que esta operación tendrá que concluir cuando el Sol esté dominando en Sagitario. Y esta consta de dos fases, la primera es llamada "de las imágenes" y la segunda es la celebración de la ceremonia. La primera fase es una trecena de doce, y la segunda fase completa la ultima trecena para convertila en trece trecenas en total, de manera que la primer fase del ritual tiene una duración de 156 días y con la segunda fase terminan siendo 169 días. Tomarás entonces un papel de amate y cada trecena dibujarás una imagen de la *Santa Muerte* según la trecena en la que te encuentres. El requisito para que la flaca pueda ser dibujada es haber ayunado y sido casto durante tres días previos, de manera que cada día décimo comienza

una nueva fase de purificación. La imagen debe ser dibujada a la hora del Sol. Cada final de trecena durante doce ciclos dibujaras una imagen:

Primer Trecena: La Muerte sosteniendo una vela casi consumada. Segunda Trecena: La Muerte mirando un espejo negro. Tercera: La Muerte entre dos caminos sin elegir. Cuarta: La Muerte con una balanza detenida. Quinta: La Muerte con un velo que le cubre el rostro. Sexta: La Muerta sentada frente a una mesa con un plato sin alimento. Séptima: La Muerte sosteniendo una flor marchita. Octava: La Muerte con un reloj sin manecillas. Novena: La Muerte tocando la puerta. Décima: La Muerte sujetando una cadena rota. Onceava: La Muerte sosteniendo el mundo derritiéndose. Doceava: La Muerte de espaldas acompañada de una sombra.

La segunda fase que es la celebración de la ceremonia. Tomarás las doce imágenes sobre el cuenco e iras quemando una cada día comenzando por la primera que fue dibujada, y cada una debe ser quemada en la hora de la Luna. Y dirás las siguientes palabras:

Santa Muerte, niña blanca, he cumplido la [N] trecena con tres días de penitencia, acepta mi ofrenda por los nombres de QUERMIEX, TOS, HERUS, QUEMIS, DIUS, TAMINES, TAHYTOS, MACADER, QUEHINEN que son comandados por YOD HE VAV HE, y constreñidos siempre por IESV CHRISTOS. Yo [N] hijo de [N] juro que [...] y si no se cumpliere, que se me atormente con tus daimones para que se me reclame mi juramento.

Cumplidos los doce días y quemadas las doce imágenes, cuyas cenizas fueron puestas en el cuenco de ofrenda, al treceavo día toma las

cenizas y entiérralas debajo de un árbol a la hora de la Luna y recitarás el Salmo 40(39). Cumplido esto, tendrás un sueño donde se te dirá si el ritual funcionó.

Cap. IV
Algunos Encantamientos y Rezos.

Para hacer aparecer a los daimones de la muerte y que respondan tus preguntas.

Usando un espejo de obsidiana del tamaño aproximado de un huevo, lo pondrás delante de una vela, en cada lado un incensario con madera de agar y otro con olíbano, y ofrecerás el más exquisto vino en el cuenco. Dirás el conjuramento siguiente:

Os conjuro, por el ministerio de la Santa Muerte, Ángel de la Muerte potencias que habitan en el temperamento y en los límites de lo no consumado, por su indiferente potencia, más allá de los vientos hostiles, por este arte y POR ESTOS NOMBRES: BYRAHABANYNDEN, RAHBAYNDYN, MAGELEGHYN, LAJUGYN, TACHIAMARAYN, JARGANYDYN, MANHUXYN, CAHANXYN, XAJEGHYN, YAAGLYMYN, GANGAMALPRIM, GANHASALYSYN, LAJOGHYN, LAOGHYLY, CAMRATYN, LAXJOGLYN, JAYDYN, AMJALATYN, VASICIRAHJ, CARI, YAYAYAYAYA-YAYA. *Dios es grande, y Aquel que me envió es más digno de obediencia que vosotros. Vosotros, potencias del astral que retienen lo que no ha llegado a poder nacer, por vuestra participación en el orden que os corresponde en la creación:* YATAQUYBYN. *Partid de la confusión y mostraos según vuestra medida. Oh* HAYL, YAYL, CANYEYL, *que estáis colocados sobre el curso de los espíritus de la virtualidad, descended y mostraos:* TATITAN, MATYTAN, AYTAN, MAXANLEGHYN, HYAQUYLYN, NATYR.

Para cuando visites un difunto en un cementerio

Yo me postro sobre esta tierra donde reposan los restos mortales de mis queridos padres, parientes, amigos, y todos mis hermanos en la fe que me han precedido en el camino de la eternidad. Mas ¿que puedo hacer yo por ellos? ¡Oh divino Jesús, que padeciendo y muriendo por nuestro amor nos comprasteis con el precio de vuestra sangre la eterna vida; yo se que vivís y escuchais mis plegarias y que es copiosísima la gracia de vuestra redención. Perdonad, pues oh Dios misericordioso, a las almas de estos mis amados difuntos, libradlas de todas las penas y de todas las tribulaciones, y acogedlas en el seno de vuestra Bondad y en la alegre compañía de vuestros Ángeles y Santos para que, libres de todo dolor y de toda angustia, os alaben, gocen y reinen con Vos en el Paraíso de vuestra gloria por todos los siglos de los siglos. Amén.

Para pedir fuerzas a la Santa Muerte

Santísima Muerte, Señora de la Noche,
que en tu guadaña llevas la medida del tiempo,
escucha a quien te invoca con el corazón desnudo.

In girum imus nocte et consumimur igni.

Huesuda de silenciosos pasos,
enséñame la prudencia del que sabe que cada día lo acerca al final.
Que no corra ciego, ni tema quedarme quieto.
Que mida mis palabras, mis deseos y mis actos,
porque el círculo de la vida gira sin prisa pero sin detenerse.

In girum imus nocte et consumimur igni.
In girum imus nocte et consumimur igni.

Dame compromiso, Madre de los que ya no tienen nada.
Que no abandone el camino cuando duela,
ni traicione mi palabra por miedo o cansancio.
Que mi fidelidad sea como tu presencia:

callada, constante y sin grietas.
In girum imus nocte et consumimur igni.
In girum imus nocte et consumimur igni.
In girum imus nocte et consumimur igni.

Concédeme fuerzas, Señora del Silencio.
Fuerza para levantarme cuando el mundo me aplaste,
para seguir girando en la noche sin que el fuego me venza antes de tiempo.
Que tu guadaña no me corte todavía,
que afile mi voluntad y me impida ver galimatías.

In girum imus nocte et consumimur igni.
In girum imus nocte et consumimur igni.
In girum imus nocte et consumimur igni.
In girum imus nocte et consumimur igni.

Santa Muerte, amiga de los que se acaban,
enséñame a vivir con este verso en la lengua:
que toda vuelta termina en ceniza,
pero que todavía la ceniza es fértil. Amén.

Cap. V
Sobre Talismanes bendecidos por la Santa Muerte.

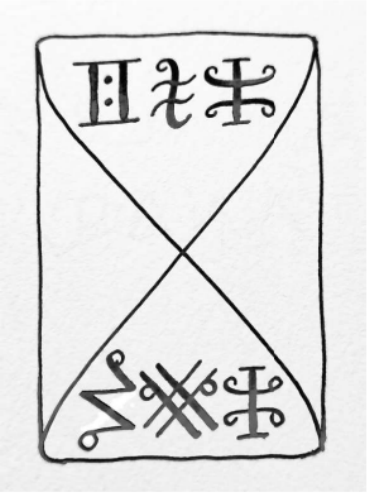
Conviene ahora declarar qué se entiende por talismán, pues muchos usan este nombre sin conocer su razón, y atribuyen a las cosas virtudes que no les pertenecen, o esperan de ellas efectos que no pueden producir. No es, pues, el talismán una simple materia trabajada por la mano del hombre, ni un ornamento mundano, sino cierta disposición

en la cual la forma, la intención y el tiempo concurren de tal manera que producen un efecto que no se reduciría a ninguna de estas cosas por separado. Porque así como una palabra no es sólo sonido, sino significación que permanece, así también el talismán no es sólo figura, sino una virtud que en ella ha sido fijada. Y esta virtud no proviene de la materia por sí misma, sino de la forma que en ella se cultiva y del orden bajo el cual es establecida. Pues cuando una cosa es dispuesta conforme a cierta medida, ya por la observancia de los tiempos, ya por la elección de las figuras, ya por la firmeza de la intención, esta adquiere una disposición que la hace apta para retener y manifestar una cierta influencia, como si se tratara de una momia la cual es mortificada y retenida, o como una planta arrancada y puesta secar para que sea conservada. De aquí que los antiguos no fabricasen tales cosas al azar, y procuraban siempre atender al momento, al lugar y al propósito, buscando que la operación del arte concordase con el orden de la naturaleza y con las disposiciones superiores.

Es por eso que "La Ruta Natural" es el más excelso de los talismanes, pues este palíndromo consta de 13 letras como lo es también el número de nuestro ángel. Estos caracteres pueden ser puestos en cualquier objeto y se le será conferida la capacidad de lograr prodigios. Escríbase en un anillo de la siguiente manera.

El anillo debe ser de hierro y portado en el dedo de enmedio de la mano derecha. Debe ser puesto a disposición del cielo cuando Marte este en oposición a Saturno y la Luna se encuentre en el segundo cuarto creciente, preferentemente en Aries, y si es llena en Aries mucho mejor.

Sobre un reloj de arena escribirás los siguientes caracteres dispuestos de esta manera:



Será dispuesto al cielo cuando sea Luna Nueva en Acuario a la hora de Saturno. Este Talismán mantiene lejos las imprudencias y las malas amistades. Fue utilizado como objeto de contemplación por reyes, intelectuales y aristócratas y se le tiene como un objeto altamente secreto.

El siguiente talismán contiene el nombre secreto de la Muerte, el cual contiene 13 letras que fueron dispuestas en dos ciclos tal

como suele hacerse en los métodos hechos por los cabalistas. Aquel que descubra sus secretos será recompensado con los mismos ojos que tiene el ángel de Dios. Aquí se muestra la cara y cruz de la moneda:

Este talismán a diferencia de los otros, no es para que viva en nuestra cercanía, este es fabricado para mortificar los aires que quedan alrededor del cuerpo astral del nigromante. Debe ser hecho en una moneda de madera, la cual será pintada de oro como al artesano mejor le convenga. Este debe ser hecho durante un periodo de 13 días de penitencia y ayuno, donde los únicos alimentos permitidos serán chapulines, sopas sin pasta, agua y ocasionalmente una fruta. Será dispuesto al cielo el día de los Muertos y será dejado a los pies de un altar publico dedicado a nuestra pelona querida.

Cap. VI

De la adivinación y las conversaciones con la Santa Muerte.

La *Santa Muert*e se llevará aquellas formas de lo *virtual* que no convenga ser visto por la segunda vista del nigromante, pues una vez dispuesto el corazón firmemente hacía la devoción de este ángel, toda cosa que atraviese nuestra segunda vista será mostrado por este ángel, el cual tiene potestad para manifestar aquello que aún no se ha consumado en el tiempo, ya sea en el porvenir del hombre, ya en las causas ocultas del presente, ya en los lazos que unen lo visible con lo invisible. No es que revele lo que Dios ha reservado a su sola sabiduría, sino que ilumina las disposiciones virtuales que, por no haber alcanzado aún su término, permanecen como abiertas y susceptibles de ser leídas por quien se ha dispuesto rectamente. De aquí que la verdadera adivinación bajo su ministerio no sea adivinación de fatalidad, sino contemplación de posibilidades que aún fluctúan en el dominio intermedio, las cuales ella puede fijar o manifestar según la medida que conviene a cada alma. Mas entiéndase bien que estas conversaciones no consisten en obligar al Ángel a responder según la voluntad del hombre, sino en disponerse uno mismo a recibir lo que ella juzgue conveniente manifestar. Porque la *Santa Muerte* no es sierva de curiosos, sino ministra de Dios que guarda medida y orden. Quien se acerca con corazón doble o con intención torcida, recibirá confusión en lugar de claridad, o bien nada en absoluto. Mas quien se presenta con rectitud, dejando su propia voluntad en

las manos de este Ángel, recibirá luces proporcionadas a su necesidad y a su capacidad de soportar la verdad.

Adivinación por Huevo.

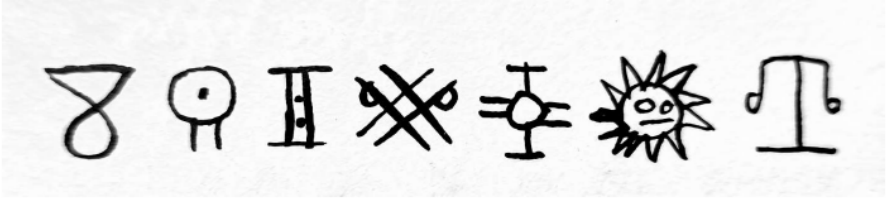
Ofreciendo nuestra voluntad, y llegando al estado semi-sonámbulo del que se habló en el capitulo primero. Tomarás el huevo de una gallina negra que fue puesto durante Luna menguante, y lo pondrás en el cuenco de ofrendas en el cual colocarás aceite de oliva, y lo dejarás frente a la mirada de la Niña Blanca del crepúsculo hasta el amanecer. En un lugar quieto y privado, lo sostendrás viendo hacia el Sol. Y dirás:

La Santa Muerte te conjura, por la verdad de Dios, por el dios vivo, por el Dios todopoderoso que gobierna sobre todo, dame tu gracia y muéstrame las más verdaderas cosas sobre lo que te pregunto.

Haz esta adivinación en Luna Nueva.

Adivinación por Cráneo.

Toma el cráneo de un hombre muerto, lávalo con pulque, y cuando esté seco, escribe estos caracteres en la nuca del cráneo:



Escribe también estos nombres en la cara del cráneo, formando una cruz: *Batabel, Lesterou, Belial, Oustiel, Nigrophol.* Luego, déjalo a la vista de la *Santa Muerte* del crepúsculo hasta el amanecer. A la mañana siguiente, es decir, un Viernes, ponte una túnica larga y limpia con un cinturón de cuero negro, hecho de la piel de un gato negro (macho o hembra). Luego dirígete a una bifurcación de caminos donde este mismo se divida en dos, toma el mencionado cráneo con tus manos, colócalo en el cruce de los tres caminos, sostén unas ramas de laurel, siéntate y pronuncia las siguientes palabras:

La Santa Muerte te conjura, por las cinco potencias mencionadas, por las cinco llagas de nuestro Señor Jesucristo, por los cinco libros de Moisés y por los cinco panes de cebada; así como esta cabeza se ha disuelto en los elementos que la componen, y como vuestro señor, el primer ángel, cayó de la gracia original, que así vengáis aquí, bajo este cráneo, sin causarme ningún daño ni matarme. Venid con alegría, respondiendo a mis plegarias, dad respuestas verdaderas a mis preguntas, responded a lo que yo desee, según mi voluntad, sin ningún engaño, mentira o fraude.

Luego, hazles cualquier pregunta que desees y ellos te responderán. Y cuando quieras darles licencia para marcharse, di el nombre "Tybal" tres veces y recita:

Que cada uno de vosotros regrese a su lugar. Que haya paz entre nosotros y vosotros.

Después, envuelve el mencionado cráneo en lino limpio y guardalo en el lugar que prefieras.

Adivinación por Medición de Hueso.

Frota tus manos en dirección contraria a las manecillas del reloj, de manera que tu mano derecha este girando alrededor del monte de

venus, y cuando la Niña Blanca te diga que pares, estirarás tu pulgar derecho a una zona central del antebrazo, tu pulgar será la ancla para medir con los dedos la distancia que hay hasta tu codo. Caminando con tus dedos indice y medio de manera estrecha, contarás cuantos pasos hay hasta la punta del codo. Si el resultado es par, la respuesta será negativa, si el resultado es impar, la respuesta será positiva. A veces los daimones que rodean el aire son engañosos, procura repetir el método un par de veces más para estar seguro.

Adivinación por Maiz y Frijol.

Escogerás granos y frijoles muy especiales para esta operación, los cuales serán puestos en el cuenco de ofrendas del crepúsculo hasta el amanecer. Cuando desees hacer la adivinación tomarás los granos y frijoles, los colocarás ya sea en el piso o en una mesa, y haciendo la señal de la santa cruz sobre ellos procederás a partirlos en dos con un corte hecho con la mano derecha. Si el resultado de ambos montones tienen el mismo numero de frijoles y maíz, la respuesta es negativa, si hay un numero desigual de frijoles y maíz entonces la respuesta en positiva.

Cap. VII
De la Palingenesia.

Conviene ahora mostrar un ejemplo sensible, por el cual el lector pueda contemplar con su primera vista el actuar de la virtualidad. Y entre todos, ninguno es más digno de atención que aquel que los filósofos han llamado Palingenesia, esto es, una cierta regeneración o manifestación de formas a partir de aquello que parecía reducido a ceniza y privación.

Se tomará una retorta de vidrio bien dispuesta, cuya base pueda recibir calor moderado, y cuyo cuello permita la ascensión de los vapores hacia una región más fría, donde puedan condensarse. Conviene asimismo que se disponga el aparato de manera que la parte superior se mantenga más fría que la inferior, ya por el aire mismo, ya por la aplicación de un paño húmedo, a fin de que se establezca una diferencia de temperamento entre ambas regiones. Hecho esto, se tomarán cáscaras de plátano, las cuales serán calcinadas hasta reducirlas a ceniza clara, sin que quede en ellas humedad ni parte gruesa. Estas cenizas serán luego tratadas con agua caliente, extrayendo de ellas una lejía de sales, que será filtrada con cuidado para separar lo sutil de lo impuro. Y para darle temperamento a las sales podrá añadirse a esta solución una pequeña cantidad de vitriolo azul disuelto, cuya virtud es conocida por disponer ciertas apariciones más visibles en el vidrio. La solución así preparada se colocará en la base de la retorta, dejando que una parte de ella forme una ligera película en las paredes internas, por una evaporación previa, de suerte que la sal no se halle sólo en el fondo, sino también adherida en forma sutil a las superficies. Luego se aplicará un calor suave y constante, evitando toda violencia, para que la operación no sea destruida por exceso de fuego, sino conducida con la debida proporción.

Expresándonos con mayor propiedad, diremos que estas sales ⏀, extraídas de la ceniza, contienen en sí una cierta virtualidad donde ambas se superponen ⊕, es decir, una disposición hacia la forma que no se halla plenamente actualizada. Y el calor moderado, junto con la disposición del vidrio, no hace sino excitar esta virtualidad y conducirla hacia una figura que, aunque imperfecta, es suficiente para mostrar su presencia. Lo que fue mortificado aún contenía ambas posibilidades ⊕ pero con el calor se le obligó a tomar forma.

En este sentido, puede decirse que el vitriolo azul ⊕, cuando es añadido, actúa como un vientre dispuesto para esta manifestación, y hace que se reciban las sales para disponerlas de tal modo que puedan mostrar aquello que en ellas estaba oculto.

FIN DEL ENCHIRIDIÓN